

## SOBRE SUPERVIVENCIAS DEL SILABISMO MINOICO EN IBERICO Y OTROS ALFABETOS

La indicación hecha por Gómez-Moreno <sup>1</sup> de que «la escritura ibérica es una fase póstuma de la tartesia», cuyas raíces están en el mundo egeo del segundo milenio, resulta a primera vista demasiado sorprendente, y ello explica que ciertas reacciones ante ella no sean del todo favorables.

O. Menghin <sup>2</sup>, en un trabajo de amplias perspectivas, que por cierto sería bien fácil coordinar en lo fundamental con capitales afirmaciones de Gómez-Moreno <sup>3</sup>, dice terminantemente sobre el asunto de la escritura de la Hispania meridional: «Según nuestra estimación, el alfabeto de Tartesos puede ser considerado sin más como una creación local, que tuvo lugar en el tiempo de los viajes comerciales de los fenicios. Gómez-Moreno no objeta que se hayan utilizado muchos signos fenicios. Que junto a ellos aparezcan otros egeos no es de extrañar si no se olvida que los fenicios tuvieron factorías en Creta y en otras partes del Egeo.» Y

---

<sup>1</sup> *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXII (1943), p. 267 (= *Misceláneas*, p. 269. Nos referimos a la publicación de M. Gómez-Moreno titulada *Misceláneas. Historia, arte, arqueología*, Primera serie, La Antigüedad, Madrid, Instituto Diego Velázquez, C. S. I. C., 1949. En este magnífico volumen de 424 páginas se recogen los trabajos del maestro sobre epigrafía hispánica, con un suplemento a los *Monumenta* de Hübner, que duplica los materiales disponibles. Consideramos que en nuestros estudios hace época la publicación de esta colección de monografías y materiales).

<sup>2</sup> *Runa* (Univ. de Buenos Aires), I, p. 156.

<sup>3</sup> Citemos de Gómez-Moreno, en la misma página aludida al comienzo: «Respecto del agente importador, queda incierto si sería el mismo pueblo de la cultura del cobre, la eneolítica andaluza, u otro sobrepuesto a él con características diversas, de las que pudieran ser testimonio muchos nombres geográficos y personales de la Andalucía baja, que se apartan de lo ibérico y también de lo fenicio-púnico, sin entronque notorio fuera de allí, quedando enigmática su procedencia».

E. Peruzzi <sup>1</sup> con suma cautela afirma que «sea cual sea la relación genealógica entre las escrituras minoicas y las ibéricas, los valores fonéticos de los signos que [en el cuadro presentado por Gómez-Moreno] formalmente se corresponden son totalmente distintos».

En realidad es que la idea de las relaciones directas entre nuestra península y el Mediterráneo oriental ya en el segundo milenio, propuesta una y otra vez, siempre encuentra resistencia entre los investigadores. Por eso está en la corriente más normal que G. Bähr en su tesis recientemente aparecida <sup>2</sup> busque para todos y cada uno de los signos ibero-tartesios su correspondiente fuente fenicia. Cuando en una ocasión <sup>3</sup> llega a aproximar la escritura ibérica a la chipriota, retrocede demasiado pronto: «An einem Zusammenhang der iberischen mit der kyprischen Schrift hat man auch deshalb gedacht, weil sich in beiden das einer Doppelaxt ähnliche Zeichen, nordiber. Qoph, findet. Aber die nordiberische <sup>4</sup> Schrift ist doch anders geartet, weil sie tatsächlich bestimmte konsonantische Zeichen, nämlich für die Dauerlaute, besitzt.» Bähr no ha podido sacar partido de sus intuiciones porque participa de la errónea idea hübnerriana <sup>5</sup> de que el silabismo es ocasional y consecuencia del desarrollo de los «enlaces», y casi representa para él un progreso <sup>6</sup>. Desconoce además (lo cual es disculpable, pues cuando escribió la tesis, Gómez-Moreno no había publicado sus trabajos más recientes) el doble valor de sorda/sonora que sistemáticamente es un rasgo del silabario de tradición cretense <sup>7</sup>.

<sup>1</sup> *Aportaciones*, p. 83.

<sup>2</sup> *Eusko-Jakintza*, II (1948), para este punto v. pp. 382 ss.

<sup>3</sup> P. 391.

<sup>4</sup> Con esta expresión parece que el autor no excluye que en tartesio la relación sea diferente que en ibérico propiamente tal. Lástima, para una obvia identificación, que el signo de la doble hacha no se lea en minoico *g/co*.

<sup>5</sup> E. Hübner, *Monumenta*, p. LII s., Gómez-Moreno, *Misceláneas*, p. 266. La diferencia está en considerar que el silabismo es excepcional y consecuencia de nexos, o bien precisamente un *sistema* anterior a la invención de las letras. La novedad radical del método de Gómez-Moreno está en señalar la antigüedad del tipo silábico y su entronque con lo chipriota y minoico. De la fecundidad de este descubrimiento proceden los resultados de estas páginas.

<sup>6</sup> Véase su tesis doctoral, p. 388.

<sup>7</sup> Por eso se explica que Bähr, en su tesis, no piense en remontarse más allá de las navegaciones fenicias desde el año 1000 (p. 10), o bien afirme

Creemos, sin embargo, llegado el momento en que se puede afirmar que no sólo el alfabeto hispánico, sino otros en todo el ámbito del Mediterráneo acusan inconfundible herencia del silabario crético-chipriota. La idea, pues, de una ascendencia silábica para todos los alfabetos del Mediterráneo, próxima o remota, creemos que se puede considerar cosa demostrada por una serie de restos que vamos a reunir aquí, aun sin el afán de agotar plenamente el asunto.

E. Peruzzi <sup>1</sup> ha subrayado el interés que puede tener en este orden mi observación <sup>2</sup> sobre el doble valor sorda/sonora que los signos silábicos de oclusiva más vocal tienen en ibero-tartésio en relación con la condición sorda/sonora que una consonante puede tener en vascuence según normas de fonética sintáctica.

Se trata de un hecho que todavía hallo difícil de precisar en cuanto a las lenguas a que se extiende, pero nos lleva a la explicación de un tipo de escritura silábica en el que no se diferencian las sordas y las sonoras. La permutación vasca *da/ez-ta* 'es, no es', *Gernika-ko/lenen-go* 'de G., del primero', *dut/dud-an* 'lo tiene, que lo tiene' <sup>3</sup>, nos conserva un hecho que no cabe duda se dió en ciertas lenguas antiguas, en las que por eso pudo fijarse un silabario cuya falta de diferenciación para sordas y sonoras se acomodaba perfectamente a una fonética sintáctica, en que funcionalmente una oclusiva resultaba sorda o sonora según su posición. Por razones metódicas, en 1943 hice la indicación de que esa «particularidad de un hipotético lenguaje» se daba «casualmente» en vascuence, pero hoy debemos, además, avanzar en el sentido de señalar, de una parte, permutaciones de tipo vasco en nombres

---

que los signos silábicos hispánicos son «aus den beiden ersten Lauten der phön. Benennungen abgeleitet» (p. 392), o en el caso concreto de la *bi* ibérica, refiriéndose a la *pe* semítica, diga (p. 385): «Es scheint, als sei der Name Pe der iberischen Lautung angepasst und als Silbenzeichen übernommen». Lo que creemos que es preciso afirmar es que no resulta admisible que lo que es ya un signo consonántico pase de nuevo a ser silábico. Al propio Bähr le resulta esto evidente donde dice, al defender la primacía del tartésio sobre el ibérico, que cuando está plenamente desarrollada una escritura de letras no es comprensible un retroceso al silabismo (p. 393).

<sup>1</sup> *Aportaciones*, p. 28, n. 4.

<sup>2</sup> *Emerita*, XI, 1943, pp. 209-11.

<sup>3</sup> Véase el trabajo cit. en la n. ant., con bibliografía.

ibéricos, como *Umarbeles/Estopeles* (turma Salluitana, *CIL* I<sub>2</sub> 709 y p. 714), y los geográficos *Idubeda/Orospeda*, cuyos paralelos vascos *idi-bide* 'camino de bueyes' / *oros-pide* 'camino de novillos'<sup>1</sup> son concluyentes.

Por otra parte, el hecho no es desconocido en Asia Menor. El nombre \**kissa*<sup>2</sup> aparece en cario en la forma γίσσα<sup>3</sup>, conforme a una ley de sonorización de iniciales que se da en vasco, y, semejantemente, el conocido nombre \**Tarku* aparece en cario en el compuesto Λων-δαργέυς<sup>4</sup> con la misma sonorización, que también ocurre en vasco (y en dialectos románicos del Pirineo e Italia del Sur) tras *n*, *l*, *r*. Para los hechos en licio podemos remitir a la indicación de H. Pedersen<sup>5</sup>, de que, por el contrario, predominan en inicial en absoluto las sordas, y en posición medial las sonoras. Parece así como si en las lenguas anatólicas más antiguas las condiciones se asemejaban más al vasco, mientras que en las posteriores los hechos son distintos.

Muy arriesgado sería entrar en las lenguas caucásicas; pero no cabe duda de que al menos en algunas de ellas sordas y sonoras alternan de una manera no muy diversa a como en vasco. Que yo sepa<sup>6</sup>, no se ha precisado mucho la afirmación de Dirr<sup>7</sup>: «Die Medien *b d g* scheinen in manchen Sprachen enttont zu sein, doch liegen darüber noch keine verlässigen Beobachtungen vor». Hay lenguas como el *ubykh*<sup>8</sup> que distinguen no sólo sordas y sonoras, sino sorda aspirada y sorda con contracción laríngea,

<sup>1</sup> Véase últimamente V. Bertoldi, *Rev. Port. de Filologia*, II, p. 17.

<sup>2</sup> Sobre la palabra en germánico y báltico, Walde-Pokorny, *Vergl. Wb. der idg. Sprachen*, I, p. 553, pero se halla mucho más extendida a juzgar por la toponimia, v. O. Menghin, *Runa*, I, p. 132. Compárese en esp. *guija*, *guijarro*.

<sup>3</sup> Brandenstein, *Real-Encyclopadie*, Suppl., VI, 168.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Lykisch u. Hettitisch* (*Det Kgl. Danske Videnskabernes Selskab, Historisk-filologiske Meddelelser*, XXX, 4, 1945), p. 42 s.

<sup>6</sup> No he podido consultar, lamentándolo mucho, la obra de Trubetzkoy «*Studien auf dem Gebiete der vergleichenden Lautlehre der nordkaukasischen Sprachen*», *Caucasica*, III (1926), pp. 7-36. Este autor, *Principes de phonologie*, p. 559 s., señala cómo en tamul a *p<sup>h</sup>* inicial corresponde β en posición medial, *b* tras nasal, *p* tras *r*, y respectivamente en esas posiciones, a *t<sup>h</sup>*, δ, *d*, *t*, y así sucesivamente.

<sup>7</sup> *Einführung in das Studium der kauk. Sprachen*, Leipzig, 1928, p. 29.

<sup>8</sup> G. Dumézil, *La langue des Oubykhs*, Paris, 1931, p. 2.

sin que alternen de ninguna manera. En otras lenguas puedo señalar una alternancia sorda/sonora, por ejemplo, en kúrin *pab/pap-*, *mez/mec-*, *γab/γap-*<sup>1</sup>; en avárico: presente general de 'ser' *vugo* (masculino) y *jigo* (femenino), presente indeterminado respectivamente *vùk'una* y *jìk'una*; perf. general *vùgoan* y *jìgoan*, perf. completo *vùk'un* y *jìk'un*<sup>2</sup>.

En las lenguas del Cáucaso considera J. van Ginneken<sup>3</sup> que el estado originario no contraponía sordas y sonoras tajantemente, sino que existía una matización entre las oclusivas y las espirantes. El matiz de nuestras sonoras se ha fijado, según él, dentro de esos sonidos intermedios.

Más claros que las lenguas en este punto son los silabarios antiguos. Los minoicos lineales sabido es que no distinguen en las oclusivas las tenues de las medias y aspiradas<sup>4</sup>. Del mismo modo en hurrita<sup>5</sup>, hetita jeroglífico<sup>6</sup>, chipriota<sup>7</sup>. En el cuneiforme elámico<sup>8</sup> tenemos signos para las oclusivas *p t k*, los cuales cabe pensar que por una «Zusammenfassung von Lauten» representan dos o más sonidos cada una (acaso de modo funcional

<sup>1</sup> Dirr, *op. cit.*, p. 286.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 177.

<sup>3</sup> «Contribution à la grammaire comparée des langues du Caucase» en las *Verhandlungen der K. Nederlandsche Akademie*, Afdeling Letterkunde, Neuwe Rieks, Deel XLII, Amsterdam, 1930. Léase este pasaje de la p. 11: «Un septième reste que les langues du Caucase ont gardé... est la transition entre les occlusives et spirantes sourdes et sonores; c. à d. les *lenes* ou douces sourdes. Lorsque les occlusives et les spirantes s'étaient développées, il y avait d'abord deux espèces: les dures ou fortes et les douces ou faibles. Peu à peu la vibration des cordes vocales s'associait aux douces. Mais cette vibration ne commençait que dans la deuxième phase de ces consonnes, après l'explosion. Eh bien, c'est ce que nous appelons les *lenes* ou «douces sourdes», et elles existent encore p. e. en arménien, au Caucase, dans l'Allemagne du Sud et dans beaucoup de langues Asiatiques et Américaines.—Mais la plupart des langues nostrates on fait encore un dernier pas dans le développement des occlusives et spirantes sonores; c'est que la vibration des cordes vocales commence aussitôt avec l'implosion de ces consonnes, de sorte que l'explosion elle même est déjà sonorisée ou sonore. C'est le type des *mediae* indoeuropéennes, françaises et néerlandaises».

<sup>4</sup> Daniel, *Amer. Journ. Archaeol.*, XLV (1941), p. 263 s., Peruzzi, *Aport.*, p. 28.

<sup>5</sup> Peruzzi, *ibidem*, cf. Friedrich, *Kleinas. Sprachdenkm.*, p. 32-35.

<sup>6</sup> Güterbock, *Eranos*, XLVII, p. 102.

<sup>7</sup> *Emerita*, XI, p. 210.

<sup>8</sup> F. Bork, *Realexikon der Vorgeschichte*, III, p. 74.

como en minoico, chipriota, ibero-tartésio), ya que esta lengua, como caucásica que es, cabe pensar que tuvo una fonética complicada, con gran riqueza de matices.

Un caso en un grado más avanzado, pero semejante al del silabario chipriota aplicado al griego, o del ibérico empleado en celtíbero, es la anarquía que parece reinar en hetita <sup>1</sup>, lo cual se explica, o como acomodación de un silabario que no distinguía, o como corrupción de la lengua que las considera sonidos distintos, pero que es influida por un sustrato que distingue sólo funcionalmente (esto es, fonética, apenas fonológicamente) entre las distintas clases de oclusivas.

El hecho de que un mismo signo indica sorda o sonora nos consta, como ya indiqué antes, para el silabario chipriota <sup>2</sup>. Las inscripciones en lengua indígena de la isla <sup>3</sup> están escritas con los mismos signos del bronce de Idalion, y sabemos que con los mismos valores; pero en esa lengua, como en minoico o en tartésio-ibérico o en vasco, la oclusiva sería de una u otra categoría fonética según su posición. Que este doble valor de los signos silábicos se extendió por Asia Menor (correspondiendo a los hechos lingüísticos arriba aludidos) nos lo prueba un curioso resto en la numismática licia, donde un mismo signo (semejante al *to* de Chipre y a *ti* y *to* ibéricos) caracteriza las monedas de *De(neveles)* y de *Te(thiveibes)* <sup>4</sup>.

La descendencia del silabario minoico-chipriota (renunciando ahora a investigar sus conexiones orientales y el problema de sus antecedentes) <sup>5</sup> podía mantenerse mejor en un ambiente lin-

<sup>1</sup> Pedersen, *Hitt. u. die anderen ide. Sprachen*, p. 9; Friedrich, *Heth. Elementarbuch*, § 21; Sommer, *Hethiter u. Hethitisch*, p. 72 s., cit. por K. Bouda, *Stud. ling.*, III, 1949, p. 33.

<sup>2</sup> Cf. Thumb, *Handbuch der griech. Dialekte*, p. VII; Jensen, *Gesch. der Schrift*, Hannover, 1925, p. 82 s.

<sup>3</sup> Friedrich, *Kleinas. Sprachdenkm.*, p. 49 ss.

<sup>4</sup> Véase Gardthausen, *Real-Encyclopadie*, XI, 601; Friedrich, *Kleinas. Sprachdenkm.*, p. 89; cf. Head, *Hist. nummorum*, 1911, p. 691. La conservación de formas tradicionales es típica de las inscripciones numismáticas; un caso comparable al de estas monedas es el de las más antiguas de Mileto (Gardthausen, l. cit. en esta nota, cf. Head, *Historia nummorum*, 1911, p. 584), en que aparece la *m* inicial en la forma primitiva  $\times$ , conforme a la tradición crético-chipriota que usa aspas para las sílabas *ma*, *me*, *mu*.

<sup>5</sup> Véanse algunas indicaciones, demasiado cautas, en el *Handbuch der Archäologie* de W. Otto, I, p. 155, 157 s., 160 s. (von Bissing), p. 191 (Rehm).

güístico en que resultara conveniente la indiferencia del signo para sorda/sonora; en caso contrario, podía ocurrir, como en el silabario chipriota sirviendo para el griego, o en los restos silábicos en la escritura licia, que tal indiferencia resultara inadecuada y dificultara la lectura.

Una vez que hemos establecido la proposición de que los alfabetos del Mediterráneo son reducciones y simplificaciones del silabario cretense, creemos que avanzaremos mucho en el camino de probarla si descubrimos restos de sistemas de resolver esa indiferenciación de sorda/sonora que era tan inconveniente para lenguas de fonología ajena a esa particularidad. Anteriormente<sup>1</sup> he señalado que en el alfabeto líbico las sordas se indican mediante geminación de las sonoras (𐤀 *g*, 𐤁 *k*; 𐤂 *d*, 𐤃 *t*). Se trata aquí, indudablemente, de una adaptación de signo que era indiferente para sorda/sonora, y que de esta manera se hace apto para precisar cuál de los dos valores representa, cuando en la lengua que se escribe no dependen de la posición. Junto a esto tiene interés la nota que he dado también<sup>2</sup> basándome en Sommer y Gardthausen, de que el signo ⚈ del lidio<sup>3</sup>, etrusco y líbico sea simple geminación de B.

Que se gemine un signo para darle un valor que se estima próximo al que representa el simple, puede darnos luz sobre ciertas formas en la escritura ibérica hasta ahora no relacionables con precedentes<sup>4</sup>.

Tal es el caso de las formas ϕ ◊ ϑ ○ frente a ϑ ϑ ϑ ϑ de

---

Que la cosa es sumamente complicada, y que el alfabeto fenicio es una síntesis de elementos varios, lo ha probado J. Lindblom, *Bull. de la Soc. R. de Lettres de Lund*, 1931-32, III. Para la dependencia del alfabeto griego respecto del fenicio, A. Mentz, *Rheinisches Museum*, LXXXV (1934), pp. 347-66, R. Harder, *Das neue Bild der Antike*, I, p. 95 ss.

<sup>1</sup> *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* (Univ. de Valladolid), XI, p. 75; *Boletín de la Real Sociedad Vascongada*, IV, p. 14.

<sup>2</sup> *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XIV, p. 31-33.

<sup>3</sup> De éste procede el signo ⚈ en frigio, cf. M. Falkner, en la publicación de Brandenstein, *Frühgeschichte u. Sprachwissenschaft*, I (1948), p. 131. Sobre esta letra lidia y etrusca conviene recordar el trabajo de O. A. Danielsson, *Zu den lyd. Inschr.*, p. 29 ss.

<sup>4</sup> Hübner, *Monumenta*, p. LIII, dice que hay «formae litterarum ex reduplicatione ortae» y enumera como tales tres: ⚈ de doble ϑ, ⚉ de doble ϑ, y «fortasse» ϕ de ϑ. En este punto, como en tantos otros, la seguridad en que se sentía Hübner le impidió sacar partido de sus detenidos y a veces hasta afortunados análisis.

la *r*. Fué P. Beltrán<sup>1</sup> el primero que sistemáticamente, siguiendo una indicación de Gómez-Moreno<sup>2</sup>, transcribe por *rr* las formas que parecen ser las geminadas. Para la justificación fonética de una distinción en ibérico de *r* y *rr* como en español, recogeremos la valiosa indicación de K. Bouda<sup>3</sup>, de que uno y otro sonido se hallan en vasco como innovación respecto de formas caucásicas correspondientes, y se basan, por consiguiente, en un estrato hispánico. Como ya anotó Gómez-Moreno<sup>4</sup>, el vasco coincide con el ibérico también en otro hecho importante: la falta de *r* en posición inicial; parece, pues, que tocamos con esto un hecho de sustrato.

En relación con la geminación está también la forma (que no tiene precedentes) de la  $\Upsilon$  *m* ibérica. Don Manuel Gómez-Moreno ha hecho notar<sup>5</sup> que la *m* es «de uso muy restringido» en ibérico. Esto explicaría que en lugar de tomar un signo de otro alfabeto, se creara uno especial por geminación de *n*, mientras que en tartesio se había establecido la *m* sobre la misma *n* diferenciándola con un signo diacrítico:  $\Upsilon$ <sup>6</sup>.

Llegamos para final de estas observaciones a las conclusiones siguientes:

1.<sup>a</sup> Mientras que en los alfabetos anatólicos<sup>7</sup> y en los demás

<sup>1</sup> *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica*, Diputación Provincial de Valencia, 1934, p. 50.

<sup>2</sup> *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, p. 484 (= *Miscel.*, p. 244). Cf. también Bähr, *Eusko-Jakintza*, II, p. 383 s., quien subraya las inconsecuencias que en el uso de los dos signos ocurren en la epigrafía, y que no hacen recomendable el uso de la *rr* en las transcripciones.

<sup>3</sup> *Baskisch-kaukasische Etymologien*, Heidelberg, 1949, p. 28.

<sup>4</sup> *Revista de Filología Española*, IX (1922), p. 363 (= *Miscel.*, p. 230).

<sup>5</sup> *Homenaje a Menéndez Pidal*, III, p. 489 (= *Miscel.*, p. 249), cf. *Boletín de la Real Academia Española*, XXIV, p. 277.

<sup>6</sup> La creación de letras nuevas mediante signos diacríticos es clara en formas como la  $\Re$  *a*, que se halla en Ampurias y ahora en el sur de Francia, mientras que el mismo signo se halla en tartesio con el valor de *r*. En uno y otro caso se buscó evitar la confusión de *a* con *r*, fáciles de mezclarse cuando según se leyera de derecha a izquierda o al contrario había costumbre de dar la vuelta a los signos.

<sup>7</sup> En licio se halla  $\diamond$ , que según Pedersen, *Lyk. u. Hett.*, p. 12, es «altmodisches Zeichen für die Silbe *he*». Del signo *d/te* ya hemos hablado. Respecto del primero, dice Pedersen que es «bis jetzt die einzige Spur einer vorgriechischen syllabischen Schrift in Lykien; überraschen kann eine solche



del Mediterráneo <sup>1</sup>, salvo la conservación de Chipre, los restos de silabismo son esporádicos, en el ibérico obedecen a un riguroso sistema. Cabe decir con Bähr <sup>2</sup>, al menos hasta cierto punto, que el sistema hispánico es «*offenbar die Schöpfung eines einzelnen Menschen*»; lo que no es lícito es suponer una fecha tan tardía como el siglo IV, que es la que él propone para la formación del alfabeto tartesio.

2.<sup>a</sup> Mientras que la escritura ibérica, «mixta» como la caria <sup>3</sup>, conserva los signos silábicos precisamente para las oclusivas, los restos de la escritura silábica en Asia Menor se acusan en general con las nasales, *r* y *v*. De ello se deduce claramente que en cretense, en eteochipriota, en tartesio-ibérico (como en vasco), la clase de la oclusiva depende de la posición, mientras que las lenguas asiánicas exigieron en sus alfabetos distinguir las oclusivas, lo mismo que los alfabetos semítico, griego <sup>4</sup>, líbico, etc. Ello nos permite afirmar

Spur aber nicht, da wir doch aus der Nachbarlandschaft Karien auf ähnliches längst vorbereitet sind».

El cario es mucho más rico en signos silábicos que el licio, lo que corresponde al mayor atraso de la región. Podemos afirmar que este pueblo no había llegado ni con mucho a organizar un nuevo sistema, y que las vacilaciones entre el alfabeto y el viejo silabismo dificultan mucho el estudio de las inscripciones. Limitándonos ahora a una observación suelta, nos conformaremos con señalar que en las inscripciones 2a y 2b de Friedrich se hallan como equivalentes la forma moderna de la *s* M, procedente del griego *san*, y la vieja H, el signo silábico *se* del cretense, empleado con valor de letra: compárense Q A H 7 A 7 9 y Φ Θ M 7 A 7 Θ I.

<sup>1</sup> En el Mediterráneo occidental los restos de silabismo son, salvo en tartesio-ibérico, mucho menos visibles, pero bastante significativos. En el líbico, los hechos que dejamos señalados sólo a un precedente silábico que no distinguía sorda/sonora pueden achacarse. En etrusco es un hecho comúnmente admitido (cf. Falkner, I. cit., pp. 98 y 132) que antes del alfabeto debió existir una escritura silábica. Una tradición del sistema silábico acusa la puntuación de las inscripciones vénetas, cf. Vetter, *Glotta*, XXIV, p. 114 ss. y XXVII, p. 157 ss. Del valor silábico de ciertos caracteres en etrusco conservan huellas grafías romanas como *Albsi* (CIL, I<sub>2</sub>, 385), *lubs* (62 y 388), *misc* (560), *Dcumius* (1455), *Supnas* (388), respectivamente, por *Albe(n)si*, *lube(n)s*, *misce*, *Decumius*, *Supēnās*.

<sup>2</sup> *Eusko-Jakintza*, II, p. 392 s.

<sup>3</sup> Para esta designación de la escritura caria, v. Friedrich, *Kleinas. Sprachdenkm.*, p. 91.

<sup>4</sup> Señalemos por de pronto a propósito de las labiales, tanto en semítico como en griego, vacilaciones que acusan, como restos, la primitiva falta de diferenciación entre sordas y sonoras: para la *b* hallamos en Corcira (si-

que la conservación del sistema silábico con las oclusivas exige que el eteochipriota y el tartesio-ibérico, como el minoico, tuvieran una alternancia sorda/sonora (o semejantes categorías) comparable a la que observamos en vasco, y tal vez, si se admiten como válidos los ejemplos más arriba aducidos, en algunas lenguas caucásicas.

3.<sup>a</sup> El estudio de las formas de los signos tartesios e ibéricos permite señalar algunos paralelos: Ω Ω *be* con minoico ℓ, chipriota S s y cario s que valen todos *pe* y que en Hispania es geminado; P *bi* con la *pi* griega y su paralelo semita, y a la vez con el chipriota homófono ℞; \* *bo* está en relación con los signos crético-chipriotas para las sílabas con *m*: × *mu*, × *ma*, × *me*; Ψ *d/ti* y Ψ *d/to* tienen que ver con las formas ↓ ↓ *te* en chipriota y en las monedas licias antes citadas, Ψ<sup>#</sup> en minoico. Todos ellos, como el sistema de oclusivas bivalentes, son, lo mismo que el silabario completo chipriota, una supervivencia evidente en tiempos muy avanzados (el siglo IV en Chipre, los tiempos de Augusto en la siempre arcaica España) del sistema silábico cretense, que fué el generador de los diversos alfabetos ulteriores. La conservación de estos signos silábicos en tiempos tan tardíos explica, sin quitarle al alfabeto semítico el puesto que tiene en la creación de nuestra escritura, que los alfabetos más insospechados tengan contactos *directos* con el viejo sistema fijado en los tiempos minoicos.

*Salamanca*

ANTONIO TOVAR

glo VII), la forma S, mientras que en Thera (s. VIII-VII) se da la configuración ℓ ℓ. La forma corcirese la hallamos en crético-chipriota y en cario con el valor silábico *pi*; en cuanto a la segunda, M. Falkner, l. cit., p. 116, señala, lo que va bien de acuerdo con nuestra tesis, que se trata del signo *pi* con una raya diacrítica. En Melos también con un ligero signo diferenciador se hace, de la *pi*, *beta*: ∟ según señala otra vez la Falkner, p. 121. La misma autora indica que ambos signos, *beta* y *pi*, apenas se distinguen en las inscripciones cretenses del siglo VII. Una ojeada a las más viejas formas semíticas de estas dos letras permite pensar que la *bēt* se ha formado con un signo diacrítico sobre la *pe*. Y como la forma de la B no tiene exacto paralelo semítico, pienso que se habrá formado mediante la superposición de dos ∟, una debajo de la otra. No necesitamos más para establecer que aquí, lo mismo que en los dos ejemplos líbicos y en el signo 8, tenemos claras supervivencias de un silabismo con signos de oclusiva con valor indiferente sorda/sonora. En J. G. Février, *Hist. de l'écriture*, p. 512, hallo que Sievers señaló que la runa *g* es la duplicación de la runa *k*, y lo mismo *b* de *p*. Se ve que hasta épocas más avanzadas persistió un recuerdo de la situación prim<sup>iti</sup>va.